

Por el autor de Hay vida después de la crisis

José Carlos Díez

LA ECONOMÍA NO DA LA FELICIDAD

PERO AYUDA
A CONSEGUIRLA

PLAZA  JANÉS

La economía no da la felicidad: pero ayuda a conseguirla José Carlos Díez

JOSÉ CARLOS DÍEZ

La economía no da la felicidad

www.megustaleerebooks.com

La economía no da la felicidad: pero ayuda a conseguirla José Carlos Díez

Para Mónica

PRÓLOGO

¿Soy un liberal?

Si antes de leer economía no eras egoísta, estudiarla no hará que lo seas.

JOHN STUART MILL

La crisis financiera mundial que estalló en 2008 ha cambiado radicalmente nuestra forma de relacionarnos con la economía y ha provocado en los ciudadanos la necesidad lógica de comprender todos esos fenómenos económicos complejos que nos rodean y que tanto influyen en nuestras vidas. Crisis tan duras como ésta no son deseables, por eso es esencial no desaprovechar la ocasión de aprender de nuestros errores y extraer valiosas lecciones de ellos que nos sirvan para prevenir y gestionar posibles crisis futuras.

Este libro es una visita guiada por los conceptos básicos que manejamos los economistas. Después del éxito de *Hay vida después de la crisis*, fueron muchos los lectores que se acercaron y me pidieron un libro que les ayudara a entender mejor la realidad económica. De aquella sugerencia nació esta nueva obra, que escribo para mis lectores, pero también para economistas. Estoy convencido de que cualquier persona interesada en la materia puede leerlo y entenderlo sin necesidad de conocimientos previos. Me considero un economista observador y además imparto clases en la universidad, de manera que escribo esta obra con espíritu de divulgación, pero sin perder el rigor conceptual. Por eso espero que este libro sea leído tanto por mis cole-

gas de universidad como por los estudiantes que se están iniciando en este apasionante mundo de la economía.

El primer libro que dio origen a la ciencia económica y a su nombre, *Oikonomia*, fue escrito por Jenofonte, discípulo de Sócrates, en el siglo IV a.C. Muchos de los conceptos e ideas que manejaban los socráticos siguen siendo válidos en la actualidad, sin embargo nuestras sociedades se han vuelto más complejas y también es necesario adaptarlos a los nuevos tiempos. Al fin y al cabo, la economía es una ciencia social que analiza el comportamiento del ser humano frente a la necesidad de distribuir recursos finitos, de manera que si las sociedades evolucionan, la ciencia tiene que hacerlo también para poder resolver los nuevos conflictos. Por eso, cuando se analiza un concepto económico es imprescindible tener en cuenta quién lo desarrolló, qué problema intentaba resolver y en qué contexto histórico lo llevó a cabo.

Los neuropsicólogos nos enseñan que la objetividad es una entelequia: el cerebro humano es una máquina casi perfecta pero ni ve, ni oye, ni siente por sí mismo, sino que toda la información le llega a través de los sentidos. Nuestro cerebro actual es también fruto de siglos de evolución: alrededor del hipotálamo, núcleo responsable de las emociones y que conserva gran parte de nuestros comportamientos animales, la especie humana fue desarrollando capacidades racionales que permitieron al *Homo sapiens* situarse en la cúspide del ciclo evolutivo. No siempre para bien, pues gracias a ellas también hemos creado herramientas que dañan el planeta en que vivimos, tal y como veremos en el capítulo dedicado a las relaciones entre la economía y el medio ambiente.

El entorno es determinante para proteger la felicidad y el aspecto económico es una pieza clave del mismo. Por este motivo, para comprender en su justa medida la relevancia de la economía en la construcción de las sociedades, comenzaremos nuestra visita guiada revisando las principales escuelas de pensamiento económico y sus aportaciones

más destacadas. Visitaremos la escuela de Alcalá y Salamanca en el siglo XVI y la escuela Fisiócrata en la Francia del XVIII. Precisamente en París se inspiró Adam Smith para escribir su célebre obra *La riqueza de las naciones* y así dio comienzo la hegemonía de economistas anglosajones que se mantiene hasta nuestros días, primero en el Reino Unido y más recientemente en Estados Unidos.

No es casual que los países que lideran la política mundial sean también líderes en pensamiento económico, y es que las ideas mueven el mundo. A lo largo de todo el libro resaltaremos la importancia de volver a situar al hombre en el centro de las decisiones económicas, porque la economía no puede ser un fin en sí misma sino un medio para conseguir la mejora del bienestar humano.

El propósito fundamental de este libro es humanizar la economía para ponerla al servicio del hombre y no al revés. Para ello explico cómo afectan los diferentes sistemas políticos y sus aplicaciones económicas al crecimiento y la generación de empleo. Pero también al contrario: cómo el crecimiento influye en la sociedad y en los sistemas políticos. Aunque esta afirmación pueda sonar marxista, se sostiene sobre una visión muy acertada: si queremos obtener una imagen fiel de la realidad, la economía no puede estudiarse aislada del análisis político y social.

Las páginas que siguen se ocupan también del papel del Estado en la economía. Y esto explica la pregunta que he elegido para titular este prólogo y que constituye mi particular homenaje a un artículo legendario de John M. Keynes: «¿Soy un liberal?».

Creo firmemente en la economía de mercado y en la libertad individual como pilar de funcionamiento de la sociedad, pero no se trata de un dogma de fe. Es una convicción a la que he llegado después de décadas de estudio, de experiencias vividas y del análisis de casos y evidencias empíricas de cientos de países. No defiendo el comunismo porque la planificación económica ha fracasado en todos los países en los que se ha puesto en marcha. Pero al mis-

mo tiempo estoy convencido de que el capitalismo tampoco funciona sin una intervención pública adecuada.

La economía de mercado bien entendida resulta un instrumento muy útil, pero es frágil y necesita infinidad de condiciones para conseguir su buen funcionamiento. El estado precisa de leyes y mecanismos de supervisión para que éstas se cumplan. Cuando don Quijote nombra a Sancho Panza gobernador de la ínsula Barataria, le dice: «No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas y, sobre todo, que se guarden y cumplan». Al mismo tiempo, el Estado debe tener un papel clave en la provisión de determinados bienes que el mercado no satisface plenamente. El ejemplo más claro para mí es la educación, y lo digo por propia experiencia: nací en una familia humilde y la educación pública fue mi ascensor social para poder escribir este libro. Sin el apoyo del Estado yo nunca habría asistido a las clases de la universidad y tampoco sería un economista observador.

Asimismo, el Estado debe ocuparse de las infraestructuras, desde las energéticas hasta las carreteras, los puertos y aeropuertos. Existe una relación directa entre el desarrollo económico de un país y la calidad de sus infraestructuras. E incluso en los casos en que éstas son desarrolladas por empresas privadas, en la mayoría de las ocasiones cuentan con el aval y la garantía del Estado.

La desigualdad es otro de nuestros caballos de batalla actuales que, como ha demostrado Thomas Piketty, ha vuelto a situarse en máximos históricos. La intervención del Estado en sectores como la educación es esencial para corregir esta tendencia, y para ello necesita de un sistema impositivo progresivo que tome el dinero de las rentas más altas y lo invierta en garantizar la igualdad de oportunidades de sus ciudadanos, así como en actuar sobre las situaciones de pobreza más acuciantes. Pero, cuidado, dicha progresividad debe tener un límite: los impuestos no pueden ser confiscatorios y afectar negativamente a la actividad económica y a la inversión si queremos seguir generando renta y manteniendo el estado de bienestar en el futuro.

Así pues, la respuesta a la pregunta que encabeza este prólogo es afirmativa: me considero un liberal, aunque en el sentido anglosajón, el que defendía el propio Keynes. En Europa y en España el término liberal tiende a asociarse al ala más conservadora, la representada políticamente por personas como Ronald Reagan o Margaret Thatcher. Sin embargo, yo me identifico con los valores del partido demócrata estadounidense, con figuras como John F. Kennedy o Barack Obama, así como con sus equipos económicos. Paul Samuelson, Robert Solow, James K. Galbraith, Paul Krugman o Lawrence Summers son grandes referentes para mí.

El libro revisa algunas de las principales aportaciones de Keynes desarrolladas en su *Teoría general* y que tan útiles resultaron para sacar la economía mundial de la Gran Depresión. Muchas de ellas siguen vigentes en la actualidad: en los momentos de euforia y fuerte creación de empleo el Estado debe reducir su gasto para frenar las presiones inflacionistas, mientras que en los momentos de recesión y crisis tiene que aumentarlo para suavizar la destrucción de empleo y la infelicidad que genera. La tesis consiste en mantener el equilibrio presupuestario a lo largo del ciclo económico, y en compensar los excesos y los defectos de demanda provocados por las empresas y las familias.

No cabe duda de que es una acción compleja y con muchas limitaciones. Al fin y al cabo, el presupuesto es una ley anual que, en el caso de España, empieza a elaborarse en junio y no se aprueba hasta finales de año. La política es pura contingencia, y el entorno en que se aplica ese presupuesto al año siguiente puede haber cambiado sustancialmente desde su concepción.

La experiencia también nos demuestra que es muy complicado para los gobiernos contener el gasto público durante la época de euforia y generar superávits fiscales. La política es muy permeable a esa euforia social y nunca faltan gastos o mejoras del estado de bienestar en las que emplear el dinero. En los períodos de recesión resulta más sencillo justificar el aumento del gasto, pero si no se ahorra

durante las vacas gordas es imposible cumplir la regla de estabilidad presupuestaria a lo largo del ciclo.

No hay mejor manera de terminar con el estado de bienestar que incurrir en déficits públicos crónicos. De hecho, uno de los lemas de la revolución conservadora de Reagan era: «Bajemos los impuestos, provoquemos déficits públicos que no se puedan financiar y matemos a la bestia de inanición». Aunque pueda parecer contradictorio, por esta razón un progresista que crea en la necesidad de un Estado que actúe de contrapeso a los excesos y desigualdades generadas por el mercado, tiene que ser un defensor a ultranza de la estabilidad presupuestaria y de la gestión prudente de las finanzas públicas.

El hecho de que los primeros en imponer la regla de estabilidad presupuestaria fueran los socialdemócratas suecos en 1934, con la colaboración estelar del Nobel de economía Gunnar Myrdal, no es casual. Por desgracia, existe un sector de la extrema izquierda, sobre todo en América Latina, que confunde gobernar con gastar y cuya gestión descontrolada acaba provocando crisis fiscales que derivan en inflaciones galopantes y profundas depresiones. Parafraseando al expresidente de Uruguay José Mujica: «La patología de la izquierda es el infantilismo».

La política monetaria es la otra gran herramienta de estabilización a disposición de los gobiernos. Gracias al invento del dinero, el ser humano ha podido superar la economía del trueque y mejorar su nivel de vida. Sin embargo, mal empleado, genera hiperinflaciones o deflaciones que provocan mucha infelicidad. Para conseguir un uso adecuado del dinero y que este contribuya a la estabilidad que necesitan las naciones para progresar y aumentar el nivel de vida de sus ciudadanos, los Estados han creado bancos centrales independientes con fuerte control parlamentario y rendición de cuentas.

Gracias al desarrollo de estas dos herramientas tras la Gran Depresión, los economistas observamos que los ciclos económicos son más largos y los períodos de recesión más cortos. Esta mayor estabilidad es la que ha permitido a los

países, en gran medida, ver el crecimiento de su nivel de vida desde los años cincuenta. También ha afectado positivamente a muchos países emergentes, en especial a América Latina, que han hecho grandes avances para conseguir estabilidad y favorecer la inversión, lo que ha sido clave para el nacimiento de una clase media y una reducción histórica de la pobreza desde los años noventa.

No obstante, la Gran Recesión de 2008 ha supuesto una cura de humildad para todos y una llamada de atención. Ha puesto de manifiesto el escaso conocimiento que los economistas tenemos del fenómeno financiero y su enorme capacidad de destrucción. Por esta razón es necesario profundizar en la regulación y supervisión financieras y así prevenir crisis de esta magnitud en el futuro: en un mundo multipolar y multicultural donde la geografía económica se está desplazando hacia el sur y hacia el este debido a la pujanza de países emergentes como China y la India, eso ha de ser una tarea global. Es necesario refundar los organismos internacionales nacidos en Bretton Woods en 1945 y adaptarlos a este nuevo mundo. El objetivo debe ser volver a poner al hombre en el centro de las decisiones y que la globalización y la revolución tecnológica sean instrumentos para mejorar nuestras vidas y no fines en sí mismos.

La capacidad de innovación y de superación del hombre no está en cuestión, pero en ocasiones el hombre puede ser un lobo para el hombre, y por eso también he dedicado un capítulo a reflexionar sobre la economía del medio ambiente. Nuestra especie tiene una capacidad ilimitada para crecer, contaminar y deteriorar el entorno. La intervención del Estado es esencial en este aspecto, bien con su gestión directa o bien mediante una buena regulación, que permita mantener la estabilidad ambiental necesaria para mejorar la calidad de vida. Se trata de un parámetro que el PIB no suele medir, pero que tiene un valor incalculable en la percepción de la felicidad o la infelicidad.

Éste es el recorrido que te propongo en este libro. Estudiar economía fue un viaje apasionante para mí, así que espero y deseo, tras casi veinticinco años de profesión, ser

capaz de transmitirte esa emoción, junto con las ideas y conocimientos adquiridos en todo este tiempo. Estoy convencido de que un buen aprendizaje de la economía nos convierte en ciudadanos mejores y nos permite disfrutar de una sociedad civil y una democracia más saludable.

1

La escasez y el comportamiento humano

Toda frase breve acerca de la economía es intrínsecamente falsa.

ALFRED MARSHALL

Las decisiones humanas son una mezcla de análisis racional y emociones. Por suerte. Si careciéramos de sentimientos y nos comportáramos con la frialdad racional de una computadora, la vida no merecería la pena.

ORÍGENES DE LA ECONOMÍA

Los bienes son escasos por naturaleza, y eso significa que el ser humano tiene que tomar decisiones de tipo económico constantemente. La función real de la economía consiste en analizar el comportamiento del hombre e intentar extraer conclusiones que permitan racionalizarlo y explicarlo. Por eso es tan importante recuperar la idea renacentista de que el hombre sea el centro del mundo y la ciencia, un instrumento a su servicio y el de la sociedad en la que vive.

El origen de la palabra economía proviene del término griego *oikonomia* y su significado, más o menos literal, sería ciencia del hogar. Su función primigenia, que no difiere demasiado de la actual, tenía que ver con la gestión de esos recursos escasos que deben ser distribuidos de manera racional.

LA CIENCIA DE LA ESCASEZ

El tiempo es un ejemplo magnífico de esto que explico porque seguramente constituya uno de nuestros recursos más valiosos y, al mismo tiempo, más escasos. Todos los seres humanos morimos sin remedio y, sin embargo, no solemos pensar en la muerte hasta que nuestra edad se aproxima a ella. Durante una larga etapa de nuestras vidas consideramos el tiempo como una variable infinita pese a que es una variable finita donde las haya.

Imaginemos, por ejemplo, que unos amigos quieren celebrar su cumpleaños y nos invitan a cenar a su casa el mismo día en que tenemos entradas para un concierto. Las dos propuestas son a la misma hora y es obligatorio elegir entre una y otra.

Esto demuestra que la economía es capaz de estudiar situaciones muy dispares y que van más allá de si la bolsa sube, cómo maximizar los beneficios de una empresa o conseguir que las familias compren productos al mínimo coste, ideas habituales que las personas se hacen de esta disciplina. Es importante entender que no es lo mismo el análisis financiero (que sólo tiene en cuenta los costes financieros) que el análisis económico, que incluye además conceptos como el coste de oportunidad que pone de manifiesto el ejemplo arriba descrito. Me gustaría que este libro contribuyera a terminar con esa percepción puramente mercantilista que se tiene de la ciencia económica.

Suele cometerse un error común a la hora de tomar decisiones en situaciones como la propuesta, y que también se enseña en los manuales sobre la materia. Se trata del concepto de costes irre recuperables: como ya hemos pagado la entrada del concierto podría parecer que la decisión adecuada es ir al mismo. Sin embargo, podría suceder que la cena esté organizada por unos compañeros de instituto a los que normalmente no tienes ocasión de ver, mientras que el concierto es de un artista al que has podido escu-

char varias veces este mismo año y que tendrá más actuaciones en tu ciudad en los próximos meses. En ese caso, la opción más lógica sería aprovechar la ocasión de asistir a una cena que difícilmente se repetirá.

Otra posibilidad sería que el concierto fuese de tu grupo preferido y que éste hubiese anunciado recientemente su disolución. Ésta, por tanto, sería la última oportunidad de verlos tocar juntos y sobre la mesa habría un enorme dilema: asistir a una cena única o a un concierto único. Ambos eventos son igualmente escasos y sólo es posible disfrutar de uno de ellos. La elección final dependerá de cuál de los dos te produzca mayor satisfacción teniendo en cuenta que las dos posibilidades son de tu agrado.

Podría tratarse además del último concierto de un grupo muy famoso y con multitud de fans. Si así fuera, entonces habría mucha otra gente deseando asistir y las entradas constituirían un ejemplo de bien escaso. En un caso como éste, entraría en juego lo que los economistas llamamos precio de reserva: ante la última posibilidad de asistir a un directo de su grupo favorito, los seguidores estarán dispuestos a pagar un precio muy elevado por esas entradas.

Pero sabemos que también hay grupos de música poco conocidos que tocan en bares pequeños de música en directo y a los que se puede acceder por el precio de una consumición. Lo que queda de manifiesto con estos ejemplos es que en un escenario de bienes escasos y baja probabilidad de sustitución, el precio será alto. Por el contrario, en el caso de bienes abundantes y muchas alternativas, el precio será bajo. Si seguimos esta regla, vemos de forma muy clara la relación entre precio, margen empresarial y salarios. Evidentemente, los integrantes del grupo que llena los estadios percibirán un salario muy elevado mientras que los miembros del segundo, que actúan en un modesto bar de copas, tendrán un salario ínfimo.

Uno de los aciertos del libro de Thomas Piketty, *El capital en el siglo xxi*, reside en haber situado el problema de la desigualdad en el centro del debate. Los párrafos anteriores describen una situación en la que el mercado es capaz